

El infortunio, si señor, el infortunio es el dragon que cuida las manzanas de oro en el jardin de las Hespérides: el que desea apoderarse de ellas á todo trance, ha de pelear con ese monstruo y vencerle en singular batalla; y puesto que le venza, no ha de salir sino chorreando sangre el cuerpo, el corazon herido, el alma ensayada al fuego. Terrible es esa aventura: los cruzados que fueron en busca de Reinaldo pasaron por entre los demonios que guardaban la mansion encantada de Armida en forma de grifos, tigres y serpientes, apartándolos y enmudeciéndolos con la varilla de virtudes: contra los custodios de la gloria, esta manzana de oro cuyas entrañas abrigan sabores y placeres inmortales, no hay varilla de virtudes. Esos monstruos no huyen; se les van encima á los atrevidos, y se les comen el alma rompiéndoles el cuerpo con uñas envenenadas. Terrible es esa aventura: para acometerla, el caballero ha de ser de los más famosos andantes, de esos que, armados de todas armas, se van sobre el Endriago y le cortan la cabeza, dejando allí los vestidos y la mitad de su sangre. Don Manuel de la Revilla nos recuerda que el duque de Béjar y el conde de Lémos fueron caritativos para con Cervantes, y que éste no padeció las necesidades que nuestro siglo acostumbra echar sobre la nacion hispana como otros tantos cargos de mezquindad y egoismo. El duque de Béjar! Ese grande de España que con sus dádivas no consiguió sino labrar el olvido del agraciado? Cómo daria, cuánto daria el pobre duque, cuando su nombre ni más volvió á salir de los labios de Cervantes, desde que éste hubo recibido su limosna! O la dió como suelen dar los soberbios, despreciando y ala-

bándose, ó fué tan cicatero, que léjos de infundir gratitud en el pecho del hambriento, infundió desprecio; pero desprecio humano y generoso, de esos que se duermen y quedan muertos en el silencio.

Clemencin da mucho á entender y deja al lector mucho que adivinar con sus cultas reticencias, tocante á la frialdad del más agradecido de los hombres para con el señor duque protector. El conde de Lémos sí, más constante y bien intencionado; pero generoso, ni él. ¿Cómo sucede que estos ricos, estos botarates que echan por la ventana veinte mil duros en una noche de luminarias, ó en un festin de quinientos platos; cómo sucede, repetimos, que estos que tienen para hartar de ficédula, piti-rojo, alondra y ave del paraíso, asentados con brazos de mar de Tokay y Roederer, á sus reyes, sus parientes, sus camaradas, sus amigos tan opulentos como ellos, no dan á un pobre ilustre de una vez para toda la vida, ó cuando ménos para algunos años, y no que le obligan á estar volviendo á sus umbrales y llamando á sus puertas cada dia? El conde de Lémos alcanza nuestra gratitud por los beneficios que hizo á Cervantes, y en él al género humano; pero si tomando el quinto de su renta anual le hubiera asegurado su fortuna con una casita de campo, una heredad donde el hombre de ingenio hubiera ido á sepultarse, tranquilo respecto del pan de cada dia, á la gratitud hubiéramos agregado la admiracion, y tendríamos placer en llamarle Augusto al señor conde, siquier Mecenas, protectores apasionados del talento y las virtudes.

El embajador de Francia mostró una ocasion viva sorpresa en Madrid de ver que hombre como Cervantes no estuviese aposentado en un palacio, y servido como príncipe á costa del Gobierno. Esto nos reduce á la memoria la hermosa fundacion de los atenienses llamada Pritaneo, donde los ciudadanos que habian merecido bien de la patria por la inteligencia, la sabiduria, el heroismo, las virtudes extraordinarias, se recogian á vivir á expensas de la República, la cual no escatimaba ni el tesoro comun, ni los miramientos debidos á tan singulares personajes. Logista Cario, llegando á tiempo á la buardilla de la ciudad de Burdeos para que Inarco Celenio no fuese á la cárcel, le está preguntando con tristeza al señor de la Revilla, si no pudiéramos decir hoy como en tiempo de Cervantes: *Iberia semper incuriosa suorum?* Hubo extranjeros que pasaron á España sin más objeto que conocer á tan egregio varon; y muchas veces se llenaron de asombro al ver la inopia en que se estaba consumiendo ese grande hombre. No estaria Cervantes tan bien en su patria, cuando se insinuó con los Argensolas para que le llevasen consigo á Nápoles? Estos, ménos hidalgos que poetas, se lo ofrecieron, y burlaron su esperanza con el olvido. Desengaños, amarguras, á cada paso en el autor del Quijote. Don Manuel de la Revilla cumple con su deber cuando intenta salvar á España salvando á Cervantes; pero el defecto de armadura está allí, y bien á la vista. Más decimos: los españoles no han conocido el mérito, ó más bien todo el mérito de su gran compatriota, sino cuando éste, dando golpes en su tumba desde adentro, ha llamado la atencion del mundo con un ruido sordo y persistente.

Y aun así, no son los españoles los primeros que le han oido, sino ciertos insulares cosmopolitas para quienes son patria propia las naciones donde descuellan grandemente la inteligencia y el saber humano. Los ingleses, con su admiracion alharaquenta por Cervantes, sus traducciones del Quijote, sus comentarios, le han sacado á la luz del dia y le han puesto al autor entre Homero, Platon, Virgilio, Tácito y los autores más esclarecidos de todos los tiempos; y su obra entre la Iliada, la Lusiada, la Divina Comedia, el Decameron, el Orlando furioso y más obras que acostumbramos llamar clásicas y maestras. España descuenta hoy dia con el amor y los honores el olvido y los ultrajes que devoró Cervantes en la tierra; y tan alto el precio en que tiene á su grande hombre, que no le seria bien contado al que hoy saliese volviéndose notable con la menor ofensa á su memoria. Nosotros, gracias á Dios, hemos respetado siempre á ese rey de la pluma; y tanto le hemos compadecido por lo infeliz, que nunca hemos contemplado en su suerte sin sentir húmedos los ojos. En cuanto á volver por él, ni tenemos contra quien ahora, ni nuestras fuerzas serian para entrar en tan grandiosa estacada. Con todo, si acudieren caballeros aventureros, que nos repartan el sol, y aquí estamos los mantenedores, no como el doncel de don Enrique, puesto el encaje, sino el rostro descubierto, para que se vea si el semi-bárbaro de América es paladin leal ni tiene miedo.

CAPÍTULO X

Hay un español para quien los defectos mismos de Cervantes son perfecciones dignas de imitacion, y sus errores axiomas y reglas del lenguaje más cumplido. Garcés, en sus *Fundamentos del vigor y la elegancia de la lengua castellana*, obra de mérito incuestionable, pone de muestras lugares del Quijote que harto dan á conocer que el autor no tuvo gran cuenta con la tersura y pulidez requeridas siempre por las obras de tomo. Virgilio impuso á sus testamentarios Tuca y Vario la obligacion de echar al fuego la Eneida, porque no la habia traído al cepillo tantas veces cuantas él quisiera: Cervantes no leyó ni una sola su manuscrito, y así lo dió á la estampa, lleno de lunares, como todo el mundo sabe. El autor de los *Fundamentos* arriba mencionados es un peripatético antiguo, de esos que se hubieran dejado moler en un pilon ántes que entrar en cuentas con el maestro. Pero el *magister dixit* no es razon, y los votos pedarios no resuelven los grandes asuntos de interes general y perpetua trascendencia. Ni el respeto debido á la autoridad de Cervantes, ni el peligro de caer en vanistorio han sido bastantes para que nos abstengamos de hacer una tácita censura de ciertos pasajes donde flaquea ese gran entendimiento, donde verosimilitud y decoro están brillando por la ausencia. Decimos tácita censura, porque nunca nuestra osadía hubiera acometido la obra de corregir de manera didáctica los que á noso-

tros nos parecen defectos, en un corazon, eso sí, con los críticos más autorizados de España y otras naciones. Si Homero mismo cae en esa pesada soñolencia de que habla Horacio, *quandoque bonus dormitat Homerus*, ¿qué mucho que otro cualquiera, por despierto que ande á las prescripciones del arte y las advertencias del buen gusto, rinda la cabeza á esa deidad indolente que suele nacer de la fatiga y el descuido?

En mala hora el triste Avellaneda fué á tomarle en el camino á don Quijote, y le llevó á las justas de Zaragoza, cumpliendo con el programa de Cervantes: si esto no sucede, el caballero andante, en manos de su legítimo conductor, va allá, y en teatro más adecuado para su indole y su profesion, sigue desenvolviendo su gran carácter de paladin esforzado é invencible caballero. Allí, en la estacada, su gentil persona está como en su centro: á las justas de Zaragoza concurren, suponemos, Beltran Duguesclin, Pierre de Brecefont; Miser Jacques de Lalain, el señor de Bouropag; Juan de Merlo, don Fernando Guevara, Suero de Quiñones y otros muchos aventureros de las naciones caballerescas. Don Quijote de la Mancha se afirma sobre los estribos, requiere su buena lanza, y ora venid juntos, ora venid solos, da sobre ellos, andando tan brioso y activo Rocinante, que no parece sino que le han nacido alas á posta para esa aventura. Concluida la batalla, las princesas y señoras de alta guisa que están en sus tablados de colgaduras de terciopelo, baten palmas exclamando: «Honra y prez á la flor y nata de los andantes caballeros! Bien venido sea á estos reinos el desfacedor de agravios, en-

derezador de túertos, sombra y arrimo de doncellas menesterosas ! » Y luégo oye el vencedor un suspiro largo y apasionado, y se encuentran los suyos con unos ojos negros que le están devorando, y viene una dueña, y á furto le dice : « Señor Don Quijote, lléguese á ese palacio, si es servido, que mi señora la princesa Lindabrides quisiera comunicar con su gallardía cuatro razones. » Pero no, nada de esto que es tan propio de Don Quijote, sino que el miserable Avellaneda le coge y le hace dar de azotes en la cárcel ! Azotes á Don Quijote de la Mancha, el carácter más elevado, el loco más respetable por la virtud, el más honesto y digno de cuantos son los hombres ! Ese Don Quijote preso, con sentencia de azotes sobre sí, la pena de los infames, ¿ para que sirve ya ? Despues de los azotes, Jesus mismo no tiene sino morir : ni desdicha, ni vilipendio, ni dolor como ése en el mundo : el que los lleva, cúrese con la muerte del género humano, ó sucumba : el sepulcro únicamente puede serle disculpa á la opinion de los hombres. *Me acomodaron con ciento*, decian los ladrones descarados, cuando se usaba ese horrible castigo.

A espaldas vueltas me dieron  
El usado centenar,

dice otro pícaro sin vergüenza. Y la pena de los rufianes, los alcahuetes y los pillos al dechado del pundonor y la hidalguía, á Don Quijote de la Mancha ! Si un vecino compasivo no le salva, azotan á Don Quijote, y el menguado Avellaneda está triunfante.

Addison ideó un carácter en el cual concurriesen to-

das las virtudes filosóficas y morales, y lo encarnó en la persona de sir Roger de Coverley, la cual triunfa en el Expectador de la Gran Bretaña, ni más ni ménos que *un buen hombre Ricardo* de Benjamin Franklin. Sir Roger es bueno, pacífico, sufrido : sir Roger es amable, ameno, abunda en instruccion y buen juicio : sir Roger profesa la tolerancia, mira con benevolencia al prójimo, perdona agravios y no los irroga jamas. Girando en la órbita de la modestia, sir Roger expone ideas elevadas, practica las buenas obras, sus costumbres son irreprehensibles. Sir Roger es el timbre de Addison, quien le eleva y purifica más y más en cada número de su insigne periódico. Con justicia aborrecemos nosotros los colaboradores : Addison tuvo un colaborador, en hora menguada. De repente, un dia aciago, sin que su amigo, protector y padre tuviese noticia de su desgracia, sir Roger comparece en una taberna, alzando el codo, cosa que nunca habia hecho, en una escena vergonzosa entre mujeres de mal vivir. El Expectador genuino, el austero Addison, estuvo en un tris de caerse muerto cuando le vió : aturdido, desesperado, entra á su casa y le mata á sir Roger de Coverley. Al otro dia, en el número siguiente, el pobre sir amaneció muerto. Todos sintieron y todos aplaudieron : un gran carácter envilecido de repente, debe morir. Steele, el colaborador de Addison, cometió un abuso de confianza : sir Roger no era suyo : si tuvo necesidad de un hombre bajo, ¿ porqué no fué á buscarle entre los mandilejos de la hampa ? No de otro modo Alonso Fernandez de Avellaneda ha tomado á Don Quijote de la Mancha, le ha metido en la cárcel entre carlancones y delincuentes, y le ha conde-

nado á pena de azotes. Azotes á Don Quijote de la Mancha, caballero de los Leones, émulo de Amadis de Gaula, amante de la sin par Dulcinea, que mañana tendrá dos ó tres coronas con que premiar á sus escuderos !

En esto finca justamente nuestra queja más amarga contra Miguel de Cervantes: quejas, también de él, con ser quien es, las tenemos. Alonso Fernandez de Avellaneda le lleva á las justas de Zaragoza al invencible Don Quijote, y lejos de hacerle justar y romper lanzas con el señor de Charni ó con Diego Pimentel, le hace consumir mil necias locuras en la calle, para que le arrastren á la cárcel y le den de azotes. Cervantes, que si no mató al hijo de su imaginacion cuando le vió infamado, debió haberle hecho comparecer más alto y garboso en el escenario de la caballería, endereza su camino á Cataluña y, con un cartel infamante á la espalda, le hace dar vueltas por las calles de Barcelona, seguido de un tropel de muchachos burladores, de canalla soez y pícaros que empiezan á echarle cohombros y cortezas de naranja. Para colmo de absurdo y negadez, allí está don Antonio Moreno, su huésped, exponiéndole á la mofa de la ciudad y los insultos de los rufianes ; don Antonio Moreno, hombre de bien y de chapa, segun nos le da á conocer Cervantes mismo. Los azotes con el cartel, allá se van: el uno se hundió, pero el otro también cayó. Esta escena del Quijote, sin propiedad, porque no es caballeresca ; sin decoro, porque las virtudes del héroe están escarnecidas ; sin gracejo, por insulsa, es el tributo que los grandes escritores suelen pagar al mal gusto y el error. El paso de Don Quijote en las calles de

Barcelona con un cartel infamatorio á la espalda, es la burla de Milton en su poema, esa gran majadería donde los demonios se están riendo de los ángeles y haciéndoles fuego de cañon : es Childe Harold cuando se da cordelejo con los trascantones y palanquines de Newgate.

Sólo en Virgilio, el más puro, más atinado de los autores, no hay, dicen, ni un solo pasaje indecoroso. Y vaya esta excepcion, por ser la única, en abono de Cervantes. Oh, y cómo Don Quijote no hubiera pensado jamas en ir á Barcelona ! Los caballeros andantes lo son, cabalmente por que corren el mundo en busca de las aventuras ; aventuras que los están esperando por encrucijadas y despoblados, no por ciudades curiosas y nada fantásticas. Princesas á la grupa de caballeros moros ; gigantas desemejables ; endriagos y vestiglos, malandrines y follones, en los caminos y las sierras. Palacios encantados, ciudadelas de honda cava y ancho foso, castillos de torres de plata : enanos, atalayas, encantadores, mágicos ; endónde sino en los Pirineos ? O váyase á Damiata el aventurero ; allí puede cortarle la cabeza al perverso nigromante descaminador y despo blador de las embocaduras del Nilo. Los ejércitos de Alifanfaron de Trapobana y Pentapolin del arremangado brazo, ¿ se les encuentra en la esquina de la calle por ventura, entre los regatones que van gritando : Albillo como el agua ! besugo ! besugo ? Todo eso es aventura, y aventura no ocurre donde el policial anda arrastrando el sable, sino donde un loco gracioso puede embestir á mansalva con cuanto viscaíno y cuanto fraile encuentra

por esos mundos de Dios. Don Quijote en Barcelona es un eclipse lamentable : Sancho Panza ha casi desaparecido, y es lástima. Pues el sarao... qué sarao ! Señoras de rumbo, cuales deben ser las que componen estas fiestas, en casas tan principales como la de don Antonio Moreno ; niñas en quienes inocencia y delicadeza no pueden ir separadas ; hermosas que obligan á la consideracion y el respeto con el porte elevado y señorial, no son para burlarse de un pobre loco, así, como gente de escalera abajo, con tanta ordinariéz y grosería, y ménos cuando el caballero es huésped de la casa, circunstancia que imprime en él carácter de sagrado. En vez de un concurso de reinas y doncellas caballerescas, donde el gran Don Quijote hubiera resplandecido por la cortesía, están allí cuatro locas que le toman, le hacen dar vueltas, le pisan, le cansan, le marean, le botan y le dejan arrastrando en tierra. « Caballero andante es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador : hoy está la criatura más desdichada del mundo, y mañana tendrá dos ó tres coronas que ofrecer á sus escuderos. » Esto sí ; mas caballero andante no es utensilio de galopin, ni objeto que está á los piés de los caballos. No sabian, sin duda, la señoras catalanas, que caballeros andantes son señores á quienes sirven las Gracias, cuyos piés lavan los Amores con agua de jazmin y rosa ?

Nunca fuera caballero  
De damas tan bien servido,  
Como fuera Lanzarote  
Cuando de Bretaña vino :  
Princesas curaban de él,  
Doncellas de su rocino.

Los palos, como anexos á los andantes, no los envilecen ya ; y como el darlos y el recibirlos viene en ellos vertiendo sal, los admite de buen grado el lector, y aun los echara ménos, si faltaran ; pero los azotes... pero el cartel... pero el baile... *Je veulx qu'ils donnent une narzarde à Plutarque sur son nez*, dice el autor de los Ensayos, *et qu'ils s'eschaudent à injurier Senèque en moi. Il fault musser ma faiblesse soubz ces grands credits*. Sí, que le den un papirotazo á don Juan Bowle en mi nariz, y se abran á la injuria contra don Diego Clemencin, si hay españoles sin ojos para ver, sin oídos para oír. Don Quijote en Barcelona es un salsa de perro, un raya en el agua indigno de la púrpura imperial. Mas qué importa ese monton de tierra en medio del verde bosque donde cantan las aves del paraíso tantas y tan bellas y con tan grata melodía ? Mujer fuerte, quién la hallará ? obra sin defecto, dónde estará ? El Quijote, grandiosa epopeya de costumbres, no pudo haber salido sin ningun desbarro que por el contraste nos hiciese admirar la perfeccion y gracia de la obra en su conjunto ; bien así como el desperfecto fortuito de una cara hermosa está recomendando lo cumplido de las facciones, y poniéndonos en el artículo de exclamar : Qué ojos ! qué labios ! sin esa excrescencia impertinente, esa mujer fuera una diosa.

## CAPÍTULO XI

Entre los pecados y vicios de las buenas letras, el peor, á los ojos de los humanistas hombres de bien, es, sin duda, el que llamamos plagio ó robo de pensamien-

tos y discursos. Crisipo en la antigüedad era maestro tan sin escrúpulo, que tomaba lo suyo donde lo encontraba; y suyo era, en su concepto, lo bueno, lo grande que los filósofos alcanzaban á idear y expresar en la Academia, el Pórtico ó el Liceo. Corneille, en nuestros tiempos, ha tomado con admirable franqueza de los autores cuanto ha sido de su gusto, y lo ha vendido por original. Ni en el filósofo antiguo, ni en el poeta moderno acredita eso pobreza de inteligencia, sino así, una como familiaridad y confianza, mediante las cuales los bienes de sus amigos son como suyos, y por tanto buenos para el uso propio.

Habia en un plantel de educacion superior un estudiante de los más notables por el ingenio, los bienes de fortuna y la posicion social de sus señores padres. Rico además, su guardaropa era tan abundante, que bien hubieran podido salir de él de tiros largos todos sus discípulos. Pues este gran señor de colegio hacia lo que Crisipo, tomaba lo suyo donde lo encontraba, y suyo era pantalon, capa ó sombrero que podia haber á las manos. Y no que fuese guardoso ruin de lo propio, sino al contrario tan maniabierto, que los pobretes de entre sus camaradas se emperejilaban, acicalaban y componian por la mayor parte á costa suya. Eso de echarse encima el primer manton que hallaba, y largarse á la calle, era de todos los días; y muchas veces le sucedió coger y ponerse un turumbaco ó torre de Francia de un buen viejo catedrático, casado en segundas nupcias y doctor en teología; con lo cual queda dicho que el sombrero, sino del tiempo de la conquista, por lo ménos anterior

al serenísimo Cárlos cuarto, que Dios tenga en su santa gracia. Acuérdome haberle topado una ocasion en el portal del Arzobispo de la ciudad de Quito muy puesto en orden con su buen manteo negro, de vueltas peladas y desflecadas, y el susodicho turumbaco ó torre de Francia, el cual por lo quebrado del ala, parecia sombrero de tres picos. Verle y echarme á reir, todo fué uno. Él iba de prisa, segun su costumbre: sin pedirme explicaciones ni echarme el guante, pasó ese como Santo Tomas ó San Atanasio, que así me figuro han de haber andado los teólogos de su época. Como entro yo al colegio, he allí un clérigo que se me llega cogin cojeando y me interroga: No has visto en alguna parte á ese loco de Vicente? Aquí me tienes que ¡se fué con mi manteo, pensando que era su capa.— El manteo de usía, señor, y el sombrero del doctor Angulo: por allá va.

Las prendas que tomaban Crisipo y Corneille eran, sin duda, más elegantes y valiosas; pues yo supongo que no habrán ido á enriquecer sus obras con arandeles y argamandeles teológicos que los hubieran vuelto ridículos por extremo. Escritores hay tan sin género de aprension, que ni siquiera se toman la molestia de dar otra forma á las alhajas que saltean; donde otros están haciendo memoria y averiguando consigo mismos si tal idea no pertenece á tal filósofo, si éste pensamiento no lo expresó ya ese historiador ó poeta? La verdad es comun á todos, dice uno que se burla de los que le acusan de plagiarío: el que la dice ántes, no le quita á nadie el derecho de decirla despues. Con la autoridad del

viejo gascon, el filósofo de los Ensayos ahora poco mencionado, pudiéramos prohijar ó repetir ciertas cosas que cuadran con nuestra índole; mas entre el crear y el imitar, entre el tener y el coger, entre el producir y el pedir, la palma se la llevará siempre el ingenio rico y fecundo que halla cosas nuevas, ó reviste las conocidas de tal modo que vienen á parecer originales y sorprendentes. *La imaginacion no es más que la memoria en forma de otra facultad*: si ésta es ocurrencia nuestra, ó puro recuerdo antiguo y confuso, no lo sabemos; mas como no somos de los que toman *su bien* endonde lo hallan, hemos querido advertirlo en orden á la materia de este capítulo. Pongamos que la idea es de autor antiguo ó moderno; ¿quién nos quitaria á nosotros el poder de amplificarla y desenvolverla segun el caudal de nuestras facultades? Sí, la imaginacion es la memoria; la memoria tergiversada de tal modo, que no se conoce ella misma: imaginacion es memoria cuyos mil eslabones rotos y dispersos va tomando la inteligencia y acomodándolos de manera de formar con ellos imágenes nunca vistas, las cuales son anagramas de las vistas y conocidas. No hay figura que no sea un recuerdo ó un conjunto de recuerdos: de muchas reminiscencias, la imaginacion pergeña un cuadro hermoso y nuevo.

Esto nos engolfaria quizá en el sistema de Aristóteles, segun el cual nada hay en el entendimiento que no haya pasado por los sentidos. *Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*. Pero las ideas innatas mismo, ¿acaso lo son ni se llaman así por que le ocurren á uno por la primera vez, sin que ántes á nadie le hubiesen

ocurrido, sino porque, segun el sentir de algunos, nacen con el hombre, sin que en ellas tenga parte la enseñanza del mundo, ni las lecciones que le dan al alma la luz, el calor ni los objetos palpables? Puede haber ideas innatas, y esto en ninguna manera da al traves con este axioma: La imaginacion no es más que la memoria tomada por partes, y acomodada de cierto modo que viene á parecer facultad distinta. Un hombre privado de memoria, de hecho queda sin imaginacion: le faltan los recuerdos, las vagas y lejanas reminiscencias, y no le es dado componer esos conjuntos admirables en que el alma se recrea teniendo debajo de su albedrío á esa esclava activa y pintoresca que llamamos imaginacion. El orden y la exactitud en los fenómenos y los acontecimientos constituyen la memoria: imaginacion, en cierto modo, es desorden y olvido de la memoria. Un collar de piedras preciosas de diferentes colores artísticamente engarzadas, representará la memoria: el diamante cristalino, el rubí que está echando fuego, el zafiro de celestes visos, la verde esmeralda, el ónice apagado, todos con sus significaciones respectivas, darán idea de la memoria, esta rica facultad que si se desquicia un punto, cae desbaratada; y las mismas piezas, sueltas y revueltas en resplandeciente muchedumbre, son elementos de la imaginacion. Sin almáciga de ideas, no hay facultad imaginativa; y como sin recuerdos el círculo de ideas seria menguadísimo, resulta que la memoria es el aparador suntuoso donde la imaginacion toma lo que necesita para sus portentos, los cuales á su vez van á cebar la fuente donde está bebiendo de dia y de noche la inteligencia humana.